

EDWARD BULWER-LYTTON

La casa y el cerebro

Un relato victoriano de fantasmas

Traducción de Arturo Agüero Herranz



Lovecraft se refirió a *La casa y el cerebro* como uno de los mejores relatos de casas encantadas jamás escritos. Y Lafcadio Hearn afirmó que estamos ante la mejor historia de fantasmas creada en lengua inglesa, pues reproduce con asombrosa fidelidad las vivencias de una auténtica pesadilla.

La casa y el cerebro se considera una pieza maestra de la literatura sobrenatural. El narrador de esta desasosegante fábula de fantasmas, desoyendo los consejos de sus allegados, decide pasar una noche, junto con su criado y su perro, en una casa encantada situada en Londres, de la que todos los demás huyen despavoridos. Allí, tal y como él esperaba, asiste a una serie de apariciones espeluznantes y descubre, a través de unas cartas, que la casa, muchos años atrás, fue el escenario de unos horribles crímenes. El secreto de todo parece encerrarse en una habitación vacía. Conectada a esta, la voluntad de un ser inmortal y perverso, uno de los que tuvo que ver con la casa en el pasado, ha creado y gobernado a distancia los extraños fenómenos.

INTRODUCCIÓN

UNA PIEZA MAESTRA DE LA LITERATURA SOBRENATURAL

por Arturo Agüero Herranz

La *Encyclopaedia Britannica* describe de la siguiente manera a Edward Bulwer-Lytton: «Político, poeta y crítico británico, a quien se recuerda sobre todo, sin embargo, como prolífico novelista. Sus libros, aunque de otra época, siguen siendo de muy grata lectura, y las experiencias del autor prestan a sus escritos un interés histórico inusual».

Edward nació en Londres el 25 de mayo de 1803, el menor de los tres hijos varones del general William Earle Bulwer, que falleció cuando el autor tenía cuatro años, y Elizabeth Barbara Lytton, heredera de Hertfordshire. En 1820 publicó su primer libro de poemas, *Ismael: An Oriental Tale, with Other Poems*, a imitación de Byron. Ingresó en Cambridge en 1822, donde coincidió en las aulas con Thomas Macaulay, autor de una célebre Historia de Inglaterra, así como de los *Critical and Historical Essays*, los cuales juegan un relevante papel en la narración breve que el lector tiene ahora en las manos.

Tras diplomarse, se instaló en Londres y frecuentó la sociedad en calidad de *dandy*. Durante una fiesta nocturna conoció a la irlandesa Rosina Doyle Wheeler. Se casaron en 1827 y tuvieron dos hijos: Emily y Robert, el cual llegaría a

ser gobernador general y virrey de la India británica. Debido a los lujosos gastos del matrimonio, que ascendían a las tres mil libras anuales, y a que la madre del escritor le había retirado a este su asignación por no aprobar el enlace con Rosina, Edward se convirtió en un fecundo y exitoso autor, en la misma o mayor medida que un Dickens o un Thackeray. Edmund Gosse dijo: «Todo cuanto escribía se vendía como si fuera pan ofrecido a una multitud hambrienta». A lo largo de los siguientes años publicó novelas, poemas, obras de teatro, ensayos, cuentos, traducciones y volúmenes de historia. También editó el *New Monthly Magazine* y colaboró para otras revistas. A esto habría que añadir su carrera política, ya que a partir de 1831 fue durante once años miembro del parlamento, como Whig Radical; más adelante, entre 1852 y 1866, tendría una segunda etapa parlamentaria en las filas conservadoras.

El matrimonio de Edward y Rosina resultó no solo un fracaso, sino además un auténtico escándalo. Se separaron enconadamente tras un viaje a Italia en 1833-34, separación que se hizo legal en 1836. Rosina denunció públicamente y en diversos escritos o libelos el carácter y comportamiento de su marido. Él amenazó a sus editores, le retiró su asignación y le negó ver a sus hijos. Incluso hizo que ingresara en un sanatorio mental, del que ella salió al cabo de unas semanas. Así lo relata Rosina en sus memorias, *A Blighted Life*. Durante años no cesó de atacar a su marido, y finalmente lo sobrevivió.

La madre del autor, Elizabeth, falleció en 1843. Al año siguiente, de acuerdo con la voluntad materna, Edward cambió su apellido de Bulwer a Bulwer-Lytton y acogió las armas heráldicas de Lytton gracias a una licencia real. En 1866 ascendió a la nobleza como primer Barón Lytton. Para entonces, su fama de estadista y escritor era tal que en 1862, tras la abdicación del rey Otto de Grecia, le había sido ofrecida la corona griega, que él rechazó.

De natural desconfiado y reservado, Bulwer-Lytton sufrió durante sus últimos años una progresiva sordera que lo fue apartando del ojo público. Dividía a solas el tiempo entre la campiña, en su casa ancestral de Knebworth, y los balnearios del continente. Luego fijó su residencia en Torquay; y allí falleció el 18 de enero de 1873. Se cree que la causa de su muerte fue una infección del oído que le afectó al cerebro y ocasionó un ataque. Recibió sepultura en la Capilla de St. Edmund, junto al Rincón de los Poetas, en la abadía de Westminster.

Pese a sus diferencias de temperamento y, según fueron pasando los años, políticas, Bulwer-Lytton mantuvo una firme amistad con Charles Dickens. Fue el padrino del décimo y último hijo de Dickens, que recibió los nombres de Edward Bulwer Lytton, y a quien el autor de *David Copperfield* apodó simplemente «Plorn». Es famosa la anécdota de que fue Bulwer-Lytton quien persuadió a Dickens para que cambiase el primer (e infeliz) final de su novela *Great Expectations*. Entre sus otras amistades literarias se contó el también político —que sería primer ministro de Gran Bretaña— Benjamin Disraeli. Bulwer-Lytton admiraba al padre de este, Isaac Disraeli, cuyos ensayos reunidos bajo el título *Curiosities of Literature* se mencionan, como el lector verá, en un pasaje de «The Haunters and the Haunted».

La extensa obra narrativa de Edward Bulwer-Lytton abarca casi todos los géneros populares de su época. Novelas de la alta sociedad, o «silver fork novels», como *Pelham; or, The Adventures of a Gentleman* (1828), su primer éxito, que inauguró una duradera moda en los trajes masculinos de noche, pues su protagonista favoreció el uso del color negro. Novelas de criminales, o «Newgate novels», que anticipan a las policíacas de Wilkie Collins, como *Paul Clifford* (1830), célebre por su primera y, al parecer, infame frase: *It was a dark and stormy night* [Era una noche oscura y tormentosa], la cual repetirá el serio, hierático Snoopy ante su máquina de escribir en las tiras de Charlie Brown, y que ha

dado origen a un satírico concurso de primeras malas frases (Bulwer-Lytton Fiction Contest). Novelas históricas, como *The Last Days of Pompeii* (1834) y *Rienzi; or, The Last of the Roman Tribunes* (1835), que inspiró a Wagner su ópera. Novelas filosóficas sobre jóvenes en busca del sentido de la vida, como *Godolphin* (1833). Novelas sobre la vida doméstica de la clase media, como *The Caxtons* (1849)...

Dignas de mención aparte son sus contribuciones al género sobrenatural y fantástico. El propio Bulwer-Lytton, al igual que muchos creadores de su tiempo, se interesó por el ocultismo y perteneció a sociedades secretas; la Sociedad Rosacruziana inglesa, fundada en 1867, lo reivindicó como su «Grand Patron». En *Zanoni* (1842), que versa sobre un eterno hermano rosacruziano, vivo y joven desde la civilización caldea, quien no puede enamorarse sin perder su inmortalidad, se introduce la enigmática figura del «Dweller on the Threshold» («el Morador del Umbral»). En *A Strange Story* (1862), la misma voluntad perversa de «The Haunters and the Haunted» se encarna en Margrave, un maligno personaje que desea vivir por siempre. *The Coming Race* (1871), acerca de una raza subterránea que espera apoderarse de la superficie terrestre —y cuya arma es una misteriosa energía cinética llamada «Vril», un «fluido que lo impregna todo»—, ha quedado como anticipo del género de ciencia ficción y de las sátiras utópicas de Butler, Huxley y Orwell.

La narración breve que el lector se dispone a leer, «The Haunters and the Haunted; or, The House and the Brain», se considera, sin lugar a dudas, una pieza maestra de la literatura sobrenatural. Suele incluirse en las antologías de lengua inglesa del género, y tal vez sea la obra literaria más lograda de su autor. Se publicó por vez primera en 1859, aunque luego reapareció en una versión mucho más corta que eliminaba la última parte del texto, ahí donde se empieza leyendo: «Pero mi historia aún no ha terminado». El autor suprimió este episodio final por temor a que pudiera

interferir, por su semejanza, con la trama de *A Strange Story*.

El relato es extraordinario y muy ameno. De él dice Lovecraft en su clásico ensayo *Supernatural Horror in Literature*: «“The House and the Brain”, que alude al rosacrucianismo y a cierta figura maligna e inmortal sugerida acaso por Saint-Germain, el misterioso cortesano de Luis XV, aún perdura como uno de los mejores relatos de casas encantadas que se han escrito». Y Lafcadio Hearn, en una conferencia titulada «The Value of the Supernatural in Fiction», incluida en el segundo volumen de *Interpretations of Literature*, añade: «Les mencioné el otro día una narración breve de Bulwer-Lytton [«The Haunters and the Haunted»] calificándola como la mejor historia de fantasmas en lengua inglesa. Es el mejor cuento de ese género porque reproduce con asombrosa fidelidad las vivencias de una pesadilla. El terror de los grandes cuentos sobrenaturales es el terror de una pesadilla proyectado dentro de la consciencia despierta».

El argumento gira en torno a una casa encantada, en Londres, donde voluntariamente se introduce el narrador, junto con su criado y su perro, y asiste a una serie de apariciones espeluznantes. Se descubre, a través de unas cartas, que la casa fue muchos años atrás el escenario de unos crímenes. El secreto de todo parece encerrarse en una habitación vacía. Conectada a esta, la voluntad de un ser inmortal y perverso, uno de los que tuvo que ver con la casa en el pasado, ha creado y gobernado desde la distancia los extraños fenómenos.

Esta traducción de «The Haunters and the Haunted; or, The House and the Brain» se ha hecho a partir del texto incluido en *Great Tales of Terror and the Supernatural* (edición de Phyllis Cerf Wagner y Herbert Wise, The Modern Library, New York, 1994), donde se sigue la versión original y completa del relato de Bulwer-Lytton, publicada en la revista *Blackwood's Magazine* en 1859.

ARTURO AGÜERO HERRANZ

LA CASA Y EL CEREBRO

Un relato victoriano de fantasmas



Un amigo mío, que es hombre de letras y filósofo, me dijo un día como entre bromas y veras:

—¡Figúrate! Desde que nos vimos por última vez, he descubierto una casa encantada en mitad de Londres.

—¿Realmente encantada? ¿Y qué había...? ¿Fantasmas?

—No puedo contestar a esas preguntas; lo único que sé es esto: hace seis semanas mi mujer y yo estábamos buscando un piso amueblado. Al pasar por una tranquila calle, leímos en la ventana de una de aquellas casas el anuncio: «Apartamentos amueblados». La ubicación nos satisfizo; entramos en la casa, nos gustaron las habitaciones, las alquilamos por una semana y las abandonamos al tercer día. Nada ni nadie habría convencido a mi mujer de que se quedase más tiempo; y no me extraña.

—¿Qué visteis?

—Disculpa; no deseo que se burlen de mí y me tachen de soñador supersticioso, ni tampoco podría solicitar que aceptes bajo mi testimonio lo que tú, sin la evidencia de tus propios sentidos, tendrías por increíble. Déjame decirte solo una cosa: más que lo que vimos u oímos (respecto a eso, supondrías con justicia que éramos víctimas de nuestra imaginación alterada o de la impostura de otros), lo que nos ahuyentó fue un terror indefinible que nos atenazaba a ambos al pasar junto a la puerta de cierta habitación vacía en la que ninguno de los dos vio ni oyó nada; y lo más asombroso y extraño es que, por primera vez en mi vida, estuve de acuerdo con mi esposa, pese a lo estúpida que sea, y admití tras la tercera noche que era imposible permanecer una cuarta en aquella casa.

»En consecuencia, la cuarta mañana llamé a la mujer que se encargaba de la casa y nos atendía, y le dije que las habitaciones no eran del todo satisfactorias para nosotros, así que nos iríamos sin finalizar nuestra semana. Ella respondió secamente:

—Sé la razón; se han quedado ustedes más tiempo que los demás inquilinos. Pocos pasaron una segunda noche; nadie, antes, la tercera. Pero supongo que ellos han sido muy amables con ustedes.

—¿Ellos...? ¿Quiénes? —pregunté fingiendo una sonrisa.

—Bueno, los que rondan la casa, quienesquiera que sean; yo no les presto atención. Me acuerdo de ellos hace muchos años, cuando también vivía en esta casa, y no como una sirvienta; pero sé que algún día acabarán conmigo. No me importa... Soy ya vieja y, de todas formas, he de morir pronto: y entonces estaré con ellos, y seguiré en esta casa.

La mujer hablaba con una parsimonia tan lúgubre que, realmente, una especie de temor me impidió charlar con ella más por extenso. Le aboné la semana entera, y mi mujer y yo nos pusimos contentísimos de marcharnos a tan bajo precio.

—Excitas mi curiosidad —dije—; nada me agradaría más que dormir en una casa encantada. Por favor, dame la dirección de esa que abandonaste tan ignominiosamente.

Mi amigo me dio la dirección y, cuando nos separamos, me encaminé derecho hacia la casa.

Se encuentra al lado norte de Oxford Street, en una arteria desangelada pero respetable. Estaba cerrada; no vi ningún anuncio en la ventana y no obtuve respuesta al llamar. Mientras ya me iba, un mozo de cervecero, que recogía jarras de peltre en el vecindario, me dijo:

—¿Busca a alguien en esa casa, señor?

—Sí, tengo entendido que se alquila.

—¡Alquilarse! Vaya, la mujer que estaba a cargo de la casa murió; tres semanas hace que lleva muerta, y no han podido encontrar a nadie que ocupe su lugar, aunque Mr. J*** ofreció una bonita suma. Ofreció a mi madre, que limpia para él, una libra a la semana solo por abrir y cerrar las ventanas, y ella no quiso.

—¡No quiso! ¿Y por qué?

—La casa está encantada; y a la vieja que estaba a cargo la encontraron muerta en su cama con los ojos abiertos de par en par. Dicen que el diablo la estranguló.

—¡Bah! Has mencionado a Mr. J***. ¿Es el dueño de la casa?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—En G*** Street, número ***.

—¿Qué es? ¿Tiene algún negocio?

—No, señor, nada en particular; un caballero soltero.

Ofrecí al mozo de las jarras la propina que se había ganado por su generosa información y me dirigí a ver a Mr. J*** en G*** Street, próxima a la calle que se jactaba de tener una casa encantada. Allí tuve la fortuna de hallar dentro a Mr. J***, un hombre de edad avanzada, con el rostro inteligente y atractivos modales.

Le comuniqué mi nombre y mis intenciones con toda franqueza. Dije que, según había oído, la casa estaba supestamente encantada; que sentía un intenso deseo de examinar una casa con una reputación tan equívoca; que me consideraría muy agradecido si me permitiese alquilarla, aunque solo fuera por una noche. Y no me importaba pagar por tal privilegio la suma que él quisiera pedir.

—Señor —dijo Mr. J*** con gran cortesía—, la casa está a su disposición durante el tiempo, más o menos largo, que guste. Olvidémonos del alquiler. El agradecimiento será mío si es usted capaz de descubrir la causa de los extraños fenómenos que en el momento actual la privan de todo su valor. No puedo alquilarla porque no puedo conseguir si-

quiera una criada que la mantenga en orden y conteste a la puerta.

»Desgraciadamente, la casa está encantada, si puedo usar esa expresión, tanto de noche como de día; aunque por la noche los trastornos adquieren un carácter más desagradable y, en ocasiones, alarmante. La infeliz anciana que falleció allí hace tres semanas era una indigente a la que yo mismo saqué de un asilo de pobres; en su niñez había tenido trato con algunos miembros de mi familia, y una vez se vio en circunstancias tan favorables que había alquilado esa misma casa a mi tío. Era una mujer de educación distinguida y mente poderosa, y fue la única persona a la que logré persuadir de que permaneciera allí. En realidad, desde su muerte, que fue repentina, y las pesquisas del juez de instrucción, que dieron mala fama a la casa en todo el barrio, he desesperado de encontrar a una persona que se encargue de ella, mucho más a un inquilino, y de buen grado la alquilaría gratis por un año a cualquiera que pague las tasas e impuestos.

—¿Hace cuánto tiempo que la casa adquirió esa reputación?

—No sabría decírselo con certeza, pero muchos años; la anciana a la que me he referido decía que ya estaba encantada cuando ella la alquiló, hará entre treinta y cuarenta años. El caso es que mi vida ha transcurrido en las Indias Orientales y en el servicio civil de la East India Company.

»Regresé a Inglaterra el año pasado, después de heredar la fortuna de un tío entre cuyas posesiones se hallaba la casa en cuestión. La encontré cerrada y sin ocupar. Me dijeron que estaba encantada y que nadie quería vivir allí. Sonreí ante lo que me pareció un cuento absurdo.

»Gasté algún dinero en repintarla y techarla, añadí a su mobiliario anticuado varias piezas modernas, la anuncié y obtuve un inquilino por un año. Era un coronel retirado con media paga. Entró a vivir junto con su familia, un hijo y una hija, y cuatro o cinco criados: todos abandonaron la casa al

día siguiente; y, aunque cada uno atestiguó haber visto algo distinto, ese algo era igualmente horrible para todos. En conciencia no podía demandar, ni siquiera culpar, al coronel por incumplimiento de contrato.

»Entonces introduje a la anciana de la que he hablado, y la autoricé a alquilar la casa por apartamentos. Jamás tuve un inquilino que se quedase más de tres días. Omitiré sus historias; no hay dos inquilinos que hayan presenciado exactamente los mismos fenómenos. Es mejor que juzgue usted mismo a que entre en la casa con una imaginación influida por relatos previos; simplemente esté listo para ver y oír una cosa u otra, y tome cuantas precauciones quiera.

—¿No ha sentido nunca curiosidad por pasar una noche en esa casa?

—Sí; pasé, no una noche, sino tres horas a plena luz del día solo en esa casa. Mi curiosidad no está satisfecha, está extinta. No tengo deseo alguno de repetir la experiencia. No puede achacarme, ya ve, señor, el hecho de no ser lo bastante cándido y, a menos que su interés sea sumamente vivo y sus nervios excepcionalmente sólidos, añadido con toda honestidad que le aconsejo *no* pasar una noche en esa casa.

—Mi interés es sumamente agudo —dije yo—; solo un cobarde se jactaría de sus nervios en situaciones que ignora por completo, pero mis nervios se han templado ante peligros de muy diversa clase, y tengo derecho a confiar en ellos incluso en el interior de una casa encantada.

Mr. J*** dijo muy poco más, sacó de su escritorio las llaves y me las entregó; y yo, tras agradecerle afectuosamente su franqueza y su cortés acatamiento a mi deseo, me fui sosteniendo mi premio entre las manos.

Sintiéndome ansioso por el experimento, tan pronto como llegué a casa llamé a mi criado de confianza, un joven de espíritu alegre y carácter intrépido, y tan libre de prejuicios supersticiosos como cualquiera que yo pudiese imaginar.

—F*** —dije—, ¿te acuerdas del chasco que nos llevamos en Alemania al no encontrar ningún fantasma en aquel viejo castillo donde se decía que rondaba un espectro sin cabeza? Bueno, pues me han hablado de una casa en Londres que, tengo motivos para esperar, está efectivamente encantada. Voy a dormir allí esta noche. Por lo que me han dicho, no cabe duda de que algo se dejará ver u oír..., algo quizá horrible en exceso. ¿Crees que si te llevo puedo contar con tu presencia de ánimo, pase lo que pase?

—Oh, señor; confíe en mí, por favor —dijo él sonriendo con regocijo.

—De acuerdo, aquí están las llaves de la casa; esta es la dirección. Ve ahora y elige para mí cualquier dormitorio que te plazca y, como nadie ha ocupado la casa desde hace semanas, enciende un buen fuego, airea bien la cama; asegúrate, por supuesto, de que haya velas y combustible. Llévate mi revólver y mi daga, con eso tengo bastante; y ármate tú mismo de igual modo. Y si no somos rival para una docena de fantasmas, no seremos más que una lamentable pareja de ingleses.

El resto del día lo dediqué a resolver unos asuntos urgentes, y no tuve apenas tiempo libre para acordarme de la aventura nocturna en la que había empeñado mi honor. Cené a solas ya muy tarde, y mientras cenaba leí como acostumbro. Escogí un volumen de los ensayos de Macaulay. Se me ocurrió pensar que me llevaría ese libro; por lo saludable de su estilo y por sus materias en torno a la vida práctica me serviría de antídoto contra las influencias de una imaginación supersticiosa.

Así pues, sobre las nueve y media guardé el libro en un bolsillo y salí paseando despacio hacia la casa encantada. Llevaba conmigo a mi perro favorito: un *bull-terrier* muy perspicaz, valeroso y diligente; un perro al que le encantaba merodear de noche por rincones y pasillos espectrales en busca de ratas; un perro de perros para un fantasma.